

Semana Santa en Paracotos

El Nacional, 1956-04-10.

Paracotos es donde está la iglesia. También son Paracotos los caseríos de Maitanita, Poquere, Mapurite, Macagua, El Samán, Palo Negro, Ocampo, Los Mangos. Piedras Azules, Taica, Los Angelinos, Sacua, La Magdalena, El Latón, Los Lirios, El Paraparo, Oripina, Puerto Escondido y El Hato, que suman para el municipio diecinueve nombres para cuentos y alrededor de 5000 vecinos para contarlos pero Paracotos es donde está la iglesia, con su placita de domingo sin estatua y con puestos ambulantes de dulces, sus breves hileras de casas, como montoncitos; sus sombras de árboles para amarrar las bestias; su silencio de aldea; sus gentes sosegadas que no suman por todo más de dos o tres cientos. Y para llegar aquí, hay que salir del asfalto fácil y tomar un camino de tierra que no va sino a Paracotos.

Paracotos es donde está la iglesia porque este modesto campanario tocado de bóveda llama a misa para todos, aunque vivan en caseríos distantes varias leguas. Y porque aquí están la tradición religiosa con los santos de su devoción, el confesionario y la procesión, y el sacerdote que bautiza al hijo o reza el responso de muerto o casa como manda Dios, y donde, además, se celebran las fiestas patronales, donde se encuentra la gente amiga después de meses, donde se habla de siembras, de cosechas y de plagas, donde los jóvenes cambian miradas como semillas, donde los viejos se despiden por última vez.

-2-

Cuando llego a Paracotos hay música de orquesta. Está tocando el "Popule Meus". Pero a pedacitos, y repitiendo. Es un ensayo. Para ir a Paracotos se baja por una carretera de tierra, y para cuando se llega al pueblecito el sol calienta unos grados más. No sé si es por el calor o porque está escuchando el ensayo, la gente de aquí no hace ruidos, ni ladran los perros; el pueblo entero parece recogido como un anciano tomando el sol acaso un poco afectado por la tristeza que puso José Angel Lamas en su hermosa música al cincuenta salmo de David.

Es fácil seguir en Paracotos la huella de una risa o un lamento o una voz. Más fácil es dar con una orquesta que está ensayando. Es en la casa cural. Una casita con piso de ladrillo y techo de caña que guarda un pozo de sombra. Allí, casi en la oscuridad, están los músicos. La mayoría son profesionales de la "vieja guardia" con cuartel en la esquina de La Torre. Los contrató en Caracas Francisco J. Oria para miércoles, jueves y viernes de la Semana Mayor. En esta habitación, contigua a la del párroco, duermen y ensayan para las funciones de la Iglesia y las procesiones de estos tres días de Semana Santa en Paracotos. Está Fidel Méndez, que toca el violín; Gerardo Borges, el contrabajo;

Andrónico Morales, la trompeta; Antonio Erice el trombón, y Antonio Guerra, la batería. Está también con ellos el maestro de capilla Domingo Gallardo, un músico larense que da el tono y canta con voz de iglesia.

Aún en la sombra hace calor. Dan la espalda a la puerta y leen sus partituras como pueden, colocándolas sobre el lavamanos, sobre el catre o aguantándola con la mano, como Gallardo que tiene una libre. Alguien se acuerda entonces de que hay un atril en la iglesia. Como en todos los pueblos, hay un muchachito despierto que anda detrás de los forasteros, se inquieta por todo lo que llega de fuera, y terminará viniendo a Caracas y hasta acaso siendo periodista. En cuanto llegué me dijo que se llamaba Luis Blanco, y ahora está curioseando con el trombón de Erice.

– Este, éste nos va a traer el atril...

Y Luis está unos minutos después de vuelta con el único atril de Paracotos.

– Hay que entrar con la voz aquí... Ta... ra... ra-ri... ra...

Y el grupo de los veteranos músicos caraqueños ensaya con el entusiasmo joven de su vocación.

Cuando voy a visitar al párroco, en la puerta contigua, oigo entre compás y compás: "¿Cómo es la voz?"... o "¡Entramos aquí, después del calderón!"... o "¡Entren, pues!"...

–3–

El presbítero Francisco Troiani estuvo un año en Catia, seis meses en Ocumare del Tuy y llegó a Paracotos dos días después de la pasada navidad. Lo recibieron bien. Está contento de ser el párroco del pueblo. Antes la iglesia estaba atendida por el Padre González Ecarri, que no podía desplazarse desde Caracas sino una vez por semana, los domingos. Ahora el Padre Troiani celebra misa todos los días, visita los caseríos regularmente y celebra tres misas los domingos: a las 7 y 9 y media en la iglesia de Paracotos y a la una de la tarde en la capilla de El Hato.

–Mis feligreses colaboran muy bien. Ya hemos comprado calvarios nuevos, unos candelabros que nos hacían falta, las cortinas... –Y el buen cura se incluye en el pueblo con una sencillez fácil, sin poses.

–Padre, ¿tocamos las campanas?...

Es un muchachito con su inconfundible cara de monaguillo.

–Sí, el primer toque...

–¿Cómo ha afectado los cambios litúrgicos de la Semana Santa en el área rural? –le preguntó.

–Pues, muy bien. Creo que bastante mejor que en las ciudades, porque reporta algunas ventajas. En Paracotos hay caseríos distantes tres horas y media de aquí. Antes tenían que madrugar mucho para los oficios de la mañana. En ocasiones, después de llegar muy tarde de los oficios nocturnos de la víspera. Ahora, con la misa de la tarde el Jueves Santo y otras conveniencias, les es más fácil cumplir con sus obligaciones.

El municipio de Paracotos se dedica casi enteramente a la agricultura, y es generoso, como la tierra. Sin embargo hay que recordarle de vez en cuando sus deberes para con su iglesia. La tradición de la Semana Santa es buen motivo. Al final del programa

editado para la ocasión, hay una nota que dice: "Se ruega la generosa cooperación de todos a fin de que resulte muy solemne la Semana Santa. También se les recuerda el mayor orden en las procesiones. Las personas devotas podrán obsequiar cirios para el monumento, entregando el valor de los cirios directamente al Párroco o en la Casa Parroquial".

-4-

El segundo toque de la misa vespertina de Jueves Santo sorprende al cura en el confesionario. La iglesia está ya casi llena. Sobre todo mucho niño, Niños de pecho; niños ya un poco más grandecitos sentados, de pie, en brazos, con su peculiar lenguaje de gracias, lloriqueos, risitas y griticos delgados como de sirena. Los hombres, al fondo, a la entrada, medio en el templo, medio en la calle, como su fe. Las mujeres, siseando con gesto apurado, como si se sintiesen responsables de cada impertinencia y de cada lloro de sus hijos. Los primeros bancos, a derecha e izquierda, para dos o tres hileras de Hijas de María, vestidas de blanco, con cintas y fajas azules y velo blanco.

Ya hace un rato que sonó el segundo toque y el párroco sigue confesando una a una a las muchachas. Apenas hay un minuto, o menos, para cada una. Es un confesionario chiquitico. Todos pueden ver al cura inclinado ante la rejilla con las piernas fuera del confesionario. En una ocasión se levanta y pregunta a alguien que está en los últimos bancos:

-¿¡Te confesaste!?!...

Los niños callan un momento, la gente voltea, para ver, y enterados de que el sujeto ya está confesado, continúan las confesiones de medio minuto o de minuto, a lo más. Todas las imágenes, excepto las de la Dolorosa el Cristo y San Juan, además de los nuevos calvarios colgados de las paredes, están rigurosamente cubiertas de morado, según el ritual. La iglesia tiene un reciente techo de madera (a excepción de la Sacristía, que la tiene de caña). Aún faltan cosas que acondicionar, pero es una iglesia muy aseada. Desde la sacristía se ve el andamiaje del Monumento. Encima del altar, cuyo sagrario está ahora en la sacristía, se ha colocado otro altar. Desde la entrada semeja un imponente altar catedralicio.

Mientras el cura confiesa a las chicas, hay unos cuantos monaguillos y aspirantes que manejan los objetos del culto con esa desenvoltura fácil y hasta un poco irreverente de los iniciados.

Las anotaciones de las obras de construcción se llevan aquí en las paredes. Hay una nota que dice: "octubre, recibido 25 sacos de cemento". Y una firma. Y: "setiembre 24 de 1954, recibí del chofel de Negrón 40 sacos cal", y la misma constancia de nombre responsable. No hay en la sacristía flores de papel; todas son matas frescas. Entre monaguillos hay rivalidades inocentes: "Antonio repica mejor que tú". "Pues no, porque a mí me enseñó Aleris". Después me entero que Aleris es un antiguo monaguillo que es autoridad en el repique de campanas.

Ya hay más de quince minutos de retraso en el horario de la misa cuando entra el párroco en la sacristía. Mientras se viste sus ropas recoge la forma de consagrar y hace

advertencias: "Cuando la gente se arrodilla no hay que tocar la campana".. "Lleven la matraca a su sitio... ya saben que la única campanilla hoy es la del Gloria, más o menos a un minuto de comenzada la misa; después se toca la matraca"...

En esto llega una señora: "Padre, ¿hace falta el palio hoy?"... ¡Claro que hace falta el palio! Y la señora Alejandrina, que es la que guarda el paño en su casa, "que es muy piadosa y muy buena", acaba de darse cuenta que hay procesión. Y en cuanto la señora Alejandrina sale corriendo a buscar el paño del palio, advierte el Padre:

- ¡Y recuerden que después hay procesión!...
- ¿Entonces a la Gloria se toca la campanilla?...
- Sí, la campanilla, la campanota y todo lo que haya... Pero no me toquen nada al alzar, ¡eh!... Antonio, prende seis velas, "de las más bajas"... ¡vamos, vamos!...

Cuando el Padre se pone la casulla blanca (Eucaristía) y sale al altar hay un retraso de 25 minutos. Pero en Paracotos no hay la urgencia que en las ciudades. Los niños están un poco más ruidosos, eso sí; acaso nerviosos por el calor. Cuando me encamino al coro, tropiezo con dos perros que no quieren alejarse de sus amas a pesar de la amenazas y los puntapiés.

-5-

El coro tiene el campanario a un lado. Al Gloria comienza un repique que dura un tiempo largo. La orquesta y el órgano tienen que callarse y esperar que termine. Cuando se muere el repique aún queda por un tiempo un eco agudo tropezando en los techos cerrados de la iglesia.

El "órgano" es del tamaño de una maletica, con dos pedales como chancletas de carro. El maestro de capilla lo ha colocado encima de un pequeño andamio hecho de bancos para poder ver por encima de la baranda al oficiante mientras toca y canta. Tiene que contestar al sacerdote, acompañar a la orquesta, tocar en los intermedios, dar las entradas y sujetar las hojas del libro que le mueve el viento.

-6-

Toda la ceremonia resulta lucida, hasta el sermón y la compostura de los niños. Para cuando termina la procesión, la iglesia está completamente llena y fuera aguarda gente como para llenar otra iglesia igual.

La conmovedora fe del campesino es simple, tranquila, que a fuerza de sencilla parece a veces irrespetuosa, pero que da la verdadera media de la buena intención y lo cerca que se encuentra, en su contacto con la tierra, con las cosas de Dios.